

## Dos crisis para pensar un siglo

José L. Rozalén Medina

Catedrático de Filosofía. Miembro del Instituto E. Mounier.

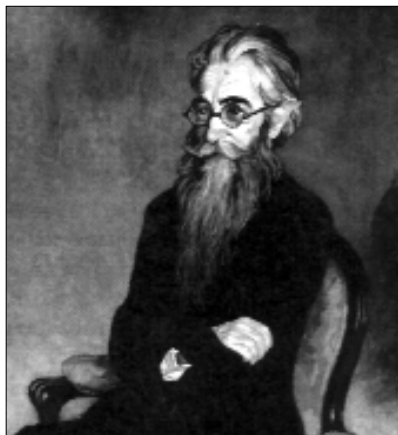
### 1. La crisis española

Un siglo ha pasado desde aquellos años en que, coincidiendo con la pérdida de los últimos vestigios del imperio español, se produjeron en España unas manifestaciones filosóficas y literarias de una riqueza y vehemencia extraordinarias, expresión clara de una *profunda y compleja crisis de la conciencia española*. Pero, además, junto a esta *crisis autóctona*, se produce una *crisis de valores foránea, europea*, de caracteres mucho más amplios y radicales, que también afecta intensamente a los intelectuales españoles, e intensifica y da nuevas dimensiones a la problemática nacional.

Como escribe Manuel María Pérez López en *Ínsula* (nº 613, enero, 1998), «es cierto que el acontecimiento (el Desastre) intensificó la discusión pública, amplió temporalmente su alcance ..., pero ni generó el debate ni le añadió novedades importantes: las actitudes, los planteamientos, las construcciones conceptuales, y el bagaje intelectual no se modificaron por su influjo...» Era, pues, una crisis mucho más profunda y amplia que la conmoción nacional producida por la pérdida de las últimas Colonias.

La *crisis española*, señala el prof. Pedro Cerezo, era la de la España tradicional, la de la monarquía católica a ultranza, el dogmatismo religioso, el ordenancismo político, la militarización del poder, la insensibilidad social ... Se lleva a

cabo una *crítica radical omnimoda* a toda la trayectoria histórica moderna: *España es el problema*. Más que cualquier parcela de esa amplia realidad, más que soluciones parciales, hay que encontrar entre todos *la solución* a ese enigma que es España y que nunca nos hemos planteado seriamente.



También los *regeneracionistas* (de diversos tipos y categorías) se afanaban por encontrar las claves de nuestro progreso y resurgimiento, pero pensamos que, habiendo aplicado diagnósticos y métodos diferentes, no se pueden identificar totalmente con los hombres del 98, aunque sobre esta cuestión hay interpretaciones enfrentadas y discutibles.

Dicho muy sistemáticamente, el regeneracionismo cifraba el remedio de los males de España «en una *modernización socio-cultural* cuyas

*premisas ya habían entrado en crisis*», mientras que los autores del 98 se abren a una *búsqueda apasionada y radical de la total transformación del ser de España*: No podemos regenerarnos, si no estamos dispuestos a llegar a la raíz de nuestros males, a un verdadero *renacimiento*. «¡Hay que llegar al espíritu heroico de D. Quijote!».

En realidad, la *generación del 98* representa «el *modernismo filosófico español*, así como el *modernismo* constituye la *expresión literaria, fundamentalmente poética, del alma metafísica trágica de los hombres del 98*», no pareciendo sostenible la teoría que había defendido habitualmente la separación tajante entre estos dos movimientos: *el modernismo*, con un marcado carácter estético, y la *generación del 98*, con una profunda impronta filosófica-existencial.

El modernismo, como el 98, significó «una ansia de liberación», la expresión de una crisis espiritual de muy hondas raíces metafísicas frente al naturalismo y positivismo dominantes. El egotismo, el simbolismo, el idealismo ético y estéticos, la anarquía intelectual, la soledad espiritual, la tendencia romántica... son algunos de los rasgos que podemos rastrear, tanto en los modernistas como en los intelectuales del 98.

Todos estos escritores quieren buscar el camino, pretenden encontrar las *auténticas señas de identidad de nuestro país*, lejos por

igual de tradicionalismos casticistas y folklóricos, como de progresismos revolucionarios. Muchos de ellos defendieron en algunos momentos de su vida posiciones políticas con cierta radicalidad, pero, por distintos motivos, se sintieron defraudados de ellas en su madurez y siguieron rumbos muy individualistas y atípicos, aunque siempre con un toque de idealismo irrenunciable.

La generación del 98 (dejando ahora al margen la vieja diatriba sobre si el nombre es adecuado o no) proclamará que la *tradicción eterna* (no los fósiles ni estereotipos de los tradicionalistas), es decir, aquella *tradicción antigua y profunda* que arranca de Séneca y pasa por Raimón Llull, Vives, Fray Luis, Teresa de Jesús ..., *aquella sí hay que conservarla y rescatarla* porque significa nuestra verdadera «intrahistoria», nuestro ser más genuino. Como escribe Laín Entralgo, es la «España máxima», no la «España mínima», la que tenemos que inventar, pero no desde la nada, sino desde la tradición más honda y verdadera.

Decía con su habitual brillantez Francisco Umbral que «fueron (los del 98) unos formidables tipos humanos y literarios ... Debemos aprender de ellos, aparte la plural lección literaria, el interesarnos por el país, no sólo en lo económico, en la dependencia financiera de Europa, en lo técnico, sino en el ser/estar mismo de España, porque el hombre es él y su circunstancia..., y negar España hoy, en la política, en la enseñanza o en el pasaporte es dejarle a uno sin "circunstancia"».

Esa «generación fantasma», en palabras orteguianas, «a la que no se le puede pedir mucho, porque se encontró sin una nación en que reorganizarse, ni individualidades a las que seguir» ... Esa generación que se encontró «sin casa y sin padres en el orden espiritual ..., que no negoció nunca con los tópicos del patriotismo y que al escuchar la pala-

bra España no recuerda a Calderón ni a Lepanto, no piensa en las victorias de la Cruz, no suscita la imagen de un cielo azul y bajo él un esplendor, sino que meramente siente, y eso que siente es dolor...», esa generación que no arregló las cosas, pero que sembró sensibilidades, esa generación, pensamos nosotros, nos sigue enseñando hoy, más allá de sus egregios valores literarios, una ejemplaridad incuestionable que debe impulsarnos al noble esfuerzo de la razón y el coraje, y no al estéril y entreguista abatimiento.

## 2. La crisis finisecular

La *segunda crisis, la finisecular, de carácter más universal y europeo*, significa «un estremecimiento espiritual más que político, en el que aparecen caracteres dramáticos y nihilistas». Esta crisis general, como apuntamos más arriba, también afecta profundamente a los hombres del 98, pero ellos la amplían, la integran en sus circunstancias, la personalizan. La búsqueda constante de nuestra identidad como personas y como españoles, el pesimismo vital reinante que los atenazaba, la inquietud permanente por escapar del mundo sórdido y materialista que los envolvía, en busca esforzada de una utopía salvadora y casi mística... son algunas de las manifestaciones esenciales de su actuación y de su pensamiento.

Era como si todo esfuerzo fuese en vano: *Se habían desengañado de la ciencia* (cuando en España ni siquiera había llegado), porque habían comprendido que ésta no tenía poder para dar sentido a la vida, a la existencia humana, y podía presentar, por contra, unos límites opresores, aniquiladores (Nietzsche, Schopenhauer... lo habían intuido genialmente).

La ciencia había desmitificado los errores y las ilusiones vanas,

pero, de paso, había destruido las raíces de la vida, sin las cuales no puede haber compromiso ético. El mundo no tenía otro sentido que la *resignación* o la *creación desesperada*, que producía un *talante trágico*, tan común a la mayoría de estos intelectuales españoles.

En palabras de Manuel M<sup>a</sup> Pérez López (*Ínsula*, nº 613, enero, 1998), se había producido un doble desengaño: El «desengaño histórico», en cuanto que «el resultado real de las ilusiones racionalistas –la sociedad industrial que ellos viven–, lejos de haber traído la felicidad, resultaba a sus ojos deshumanizadora y cruel, multiplicadora de la injusticia», y, por otra parte, se había producido lo que pudiéramos llamar “desarraigado existencial”, culpable de haber desconectado a los seres humanos de su forma natural de vida para alienarlos en una y más terrible esclavitud».

Va emergiendo un ambiente angustioso de dolor y desengaño, de escepticismo, de malestar de la cultura (Freud), de desencantamiento del mundo (Weber), de impotencia ante el corrupto mundo de la democracia burguesa y del progreso despersonalizador que desquicia y rompe el Yo personal. Lo expresa así Azorín en *La voluntad*: «Todo esto es como un ambiente angustioso, anhelante, que nos hace pensar minuto a minuto en la inutilidad de todo esfuerzo, en que el dolor es lo único cierto en la vida, en que no valen afanes ni ansiedades...».

Sin embargo, decían ellos, a pesar de todo, hay que buscar apasionadamente, a veces dramáticamente, el *fondo insobornable* del que hablaba Pío Baroja, ese *yo crítico y creador que subyace a toda religión, a toda moral, a toda democracia*. Hay que llegar, a través de la acción ética y estética, a las profundas aguas de nuestra conciencia nacional que salvaría a España de la decadencia espiritual en la que estaba sumergida.

### 3. Centenario vivo y sugeridor

Pensamos nosotros que no se trata de conmemorar un Centenario más, aunque sea tan significativo como éste, trayendo a la escena de los medios de comunicación, de las revistas, de los libros durante unos meses a unos cuantos españoles extraordinarios, para repetir sobre ellos los mismos tópicos de siempre y luego olvidarlos, sin que seamos capaces de atisbar ni en su obra ni en su talante personal los caminos de convivencia, de racionalidad y de futuro que ellos nos quisieron sugerir a todos los españoles.

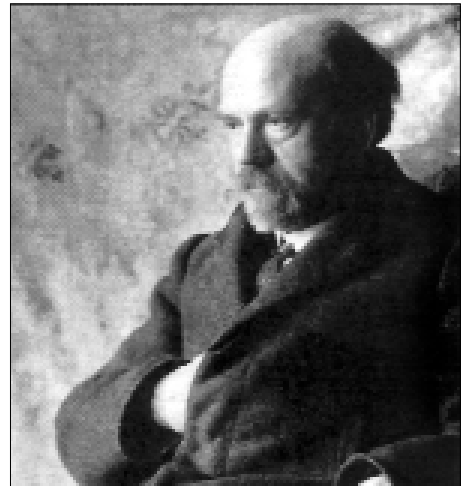
Nos recuerda Sanz Villanueva en su artículo sobre la generación del 98 (*El Mundo*, 6-12-97), que estos autores tienen un peso específico tanto en el plano del pensamiento, como en el de la innovación literaria que ha llegado hasta nosotros: «Su proyección hacia el



futuro –que es nuestra actualidad– tendría que ocupar un buen espacio y poner de relieve, a la vez que su significado en el período de su desarrollo, lo que ha contado más tarde. Nuestra historia reciente no sería la misma sin la lección y el ejemplo de las gentes del 98».

*El estudio de aquellos hechos, de aquellas sinceras inquietudes, no nos debe dejar sumidos en una actitud de nostálgica impotencia, de dolorosa incapacidad de cambio, de romántico nacionalismo estéril y retrógrado, sino que, muy al contrario, debe impulsarnos a buscar soluciones a aquellos problemas, que, salvando, naturalmente, las circunstancias, y admitiendo que se han producido avances notables en todos los aspectos, aún perduran entre nosotros, comoquistes dolorosos y desestabilizadores.*

Problemas no solucionados como los objetivos, métodos y organización de la enseñanza en todos los niveles, las permanentes y flagrantes injusticias sociales, el talante ético deteriorado, la democracia real y participativa no consolidada, la corrupción permanente y aceptada, la falta de inquietudes intelectuales y morales en un pueblo manejado muchas veces por los grupos de poder y por los medios de comunicación y que no presenta criterios hondos de actuación, los ataques frecuentes a la libertad y a la dignidad de los que menos tienen, las descalificaciones intolerantes e insolidarias por razones de sexo, religión, cultura..., son cuestiones vivas



que aún laten, sin resolverse, entre nosotros, y sobre los cuales los hombres del 98 lanzan su luz esclarecedora.

Problemas como los derivados de la falta de interés por la educación e investigación científica y humanística en todas sus dimensiones, de la carencia de una verdadera vertebración de España, del olvido del conocimiento de nuestra historia común y de nuestra conciencia colectiva, no como exaltación patriótica y nacionalista (sea ésta provincial, regionalista o nacional), sino como aproximación inteligente al sentido de nuestro común pasado, abierto a todas las tierras, lenguas y culturas de este país, pletórico de irracionales desmanes, pero pleno, también, de extraordinarias realizaciones, para enmendar los primeros y para potenciar las segundas y poder así construir en el ámbito de la libertad compartida un futuro esperanzado que no excluya ni aniquile las diferencias y los matices ... Son problemas y cuestiones candentes, sobre los que, si sabemos mirar, proyectan su inteligencia y su fuerza interior aquellos hombres, magníficos, del 98 que supieron «soñar España».